

ta entonces desconocidos. *Mario* es ya novio de *Gloria*; *Jeremías* lo dice á *D. Miguel* y éste no lo cree. Al fin tiene que confesarse á sí mismo el torpe engaño en que ha estado, y arroja los *Galeotes* á la calle.

Al saberlo *Gloria*, se desmaya; *Jeremías* entona su muletilla habitual «con el capotín, tín, tín, tín...», y *Don Miguel* lo interrumpe con profunda pena y energía:

—¡Calla: no aciertes esta vez!

El cuarto acto, en la tienda de libros. *Gloria* está de acuerdo con *Mario* para escaparse, y para esto procura estar sola... Al fin lo consigue, y sale *Carita* de la trastienda, porque la misión de la pobre muchacha, como ya se dijo arriba, es evitar el drama á toda costa. *Gloria* confiesa, *Carita* la desengaña llamando á *Mario* con el que sostiene un diálogo muy vivo que *Gloria* oye desde la trastienda; llega *D. Miguel* que arroja por segunda vez al *Galeote*, y todo acaba por lo mejor con una escena muy interesante que provoca *Pedrito*, el dependiente aficionado á hacer comedias.

Esto es, en resúmen, la última obra de los hermanos *Quintero*. Por ese extracto de su asunto verán los lectores



Estudiante (SRA. BETTINI) Y *D. Miguel*

confirmado lo que hemos dicho. Ni es ello argumento bastante para una comedia, ni pueden esas escenas dar lugar para el trazado completo y sólido de verdaderos caracteres. Aún los personajes mejor trazados no pasan de ser figuras de sainete, y si la fabula entretiene é interesa, no llega á producir en momento alguno las emociones reservadas al teatro grande. Pero es casi todo de tan buen gusto, hay escenas tan llenas de gracejo, están mezclados con tal arte lo repulsivo de los *Galeotes* con la nobleza ó la gracia de los demás personajes, que la obra obtuvo desde la mitad del primer acto un éxito franco y ruidoso, tanto más cuanto que fué esmeradísima la interpretación por parte de todos los que en ella tomaron parte.

No pueden ser puestas en la misma escala del arte, cada una en su género, *Los Galeotes* y *El Loco Dios*; mas esto no es señalar un defecto de aquella obra, sino expresar lealmente su índole.

Ni hace falta tampoco que los señores *Quintero* se dediquen á la alta comedia: con lo que hacen logran entretenernos honesta y literariamente, y esto basta á su provecho y á su fama.



Victoriano (SR. MORA) Y *Señal Pepi* (SRA. DOMÍNGUEZ)
Fotografías Calvet herm n.ºs.



Fotografía de Leblanc

EVA TETRAZZINI, EN «LA WALKYRIA»

Fotografado «Nuevo Mundo»

TEATRO REAL

ACTO I.—ESCENA IV. - *La Reina* (SRA. TUBAU), y *Doña Inés* (SRTA. BREMÓN)

LA REINA Y LA COMEDIANTA

COMEDIA HISTÓRICO-ANECDÓTICA EN TRES ACTOS Y EN VERSO, DE DON JUAN ANTONIO CAVESTANY, ESTRENADA EN EL TEATRO DE LA PRINCESA EL 3 DE NOVIEMBRE

La boga de la comedia histórica, comenzada en la *Madame Sans Gêne* de Sardou, sigue cautivando al público y á los autores: al primero, porque no dé pretexto para una *mise en scène* exótica, distinta de lo que diaria y corrientemente vemos; á los segundos, porque á pintores y *atrezzistas* pueden de este modo fiar una parte de los esfuerzos que ellos habían de hacer para la conquista de los espectadores. No creemos en la eficacia educativa de este género de comedias, porque suele ser falsa la historia que en ellas se enseña, adulterada de propósito para que resalten sus bellezas teatralizables aunque sea en detrimento de la verdad; pero es indudable que al público gustan, y esto es lo suficiente para que autores y empresarios las prefieran á obras más serias quizá y que requieren más vigor en la inventiva de los poetas.

Y, sin embargo, hasta ahora sólo el Sr. Cavestany se ha abrazado entre nosotros á esa moda de París, y el éxito que el año pasado le diera el público para *La duquesa de la Vallière*—que á pesar de sus grandes defectos produjo, sólo en Madrid, sesenta mil pesetas de entradas,—le ha movido á darnos este año otra co-

media histórica con asunto español que se llamó primero *la Calderona* y que al fin fué estrenada bajo el título de *La reina y la comedianta*.

Del almacén anecdótico ha tomado el Sr. Cavestany por base de su obra, los amores de Felipe IV con la Calderón, y los de Villamediana para la reina Isabel; pero tan esfumados los dos, que no se puede decir que uno ú otro sea argumento de la nueva comedia. Tanto el uno como el otro episodio hubiera por sí solo bastado para un buen poema, y con ello se hubiera evitado las descalabraduras que la verdad histórica recibe de manos del señor Cavestany; pero esto hubiera obligado á un detenido estudio previo, á la meditación de un plan, y esto era precisamente lo que quería evitarse el autor que ha echado por la calle de en medio, barajando las dos páginas de aquel reinado con unos cuantos nombres que durante él sonaron, sin echar cuentas de sincronismo ni verosimilitud histórica de ninguna especie.

Cierto que esto no hubiera sido grave defecto para un público que anda muy atrasado en el conocimiento de la historia nacional, aun tratándose de época como aquella que tan en claro han puesto grandes escritores. ¿Qué sabe el público si



DON JUAN A. CAVESTANY

coexistieron en los mismos días los personajes que figuran en esta obra, ni si ocurrieron simultáneamente los sucesos que le dan la fábula, ni cómo fueron éstos y aquéllos? Pero si al teatro se ha de ir por algo más que por el trimestre, ¿no se ganaría mucho conque los poetas que pretendieran cultivar lo pasado hicieranlo respetando la verdadera historia en aquello, por lo menos, que no perjudicase á la belleza teatral?

Pero, lo repito, no es por esto por lo que no ha obteni-



La Calderona, (SRTA. MORENO)

do *La reina y la comedianta* el éxito de *La duquesa de la Vallière*, á pesar de lo cual ha producido aquélla á su autor lo que no le hubieran dado tres ó cuatro tomos de novelas. La prueba es que el primer acto triunfó brillantemente entre los aplausos y la satisfacción de todos, á pesar de contener tantas infidelidades históricas como los otros dos, porque es teatral, porque tiene movimiento é interés. Tanto, que si se le pusiera un rótulo «alusivo»,

podría dejársele como obra suelta que el público tragaría de muy buen grado á título de «comedia de costumbres» en una corte andariega... Desarróllase este primer acto en el mesón de *Garcí Nuño (a) el Segoviano*. Un grupo de gente baja con la que alterna un estudiante decidior come y bebe, y por lo que les dice el mesonero sabemos que está para llegar al mesón la compañía de Avendaño que viene con la famosa *Amarilis*, por encargo del Rey, á trabajar en la corte. El pueblo se va á la bodega convidado por el mesonero, y entran dos tapadas: la Reina y su dama doña Inés. La augusta Señora está celosa, sabe que el Rey ha de venir al mesón para recibir á la *Amarilis*, incitado por el conde-duque de Olivares, que de ese modo asegura la privanza, y acude á espiarlo con riesgo de su tranquilidad y de su fama. Una bolsa repleta de monedas le conquista la voluntad del Segoviano y un cuarto desde donde podrá mirarlo todo.

A poco llegan dos tapados: el Rey y Olivares. Mediante otra bolsa para el posadero logran el secreto de éste, y se sientan ante una jarra de vino mientras viene el carro de los comediantes. Antes que éstos entran Quevedo, Calderón, Villamediana y el duque de Osuna, que también acuden á esperarlos. Villamediana cuenta que está enamorado

de una sombra... ¡de una quimera!
Tormento que hace gozar,
goce que hace padecer,
mi amor no puede alcanzar
ni el infierno de temer
ni la gloria de esperar.

Así sigue el buen conde en varias quintillas, acabando con la siguiente:

De hacerme amar de tal bella
la esperanza no me hostiga.
Yo soy mortal. Astro es ella.
¿Por mucho que la persiga
quién va á alcanzar á una estrella?

El sonsonete de estos versos todavía hace efecto en nuestro público, que los aplaudió sin fijarse en licencia de más ó de menos... ni en las innumerables *aes* del último renglón. El Rey se descubre, anuncian la carreta y el pueblo sube de las bodegas para aclamar á los cómicos.

Entre éstos no viene la *Amarilis*, que se ha quedado enferma en el camino. La sustituye en la compañía *María Calderón*, la *Calcerona*, y apenas el Rey la ve, también en sus deseos sustituye á la *Amarilis*. Procura el Rey que lo dejen á solas con la comedianta; ésta, que no lo conoce, le dice que su aspiración es trabajar ante el Rey; Felipe le promete que lo conseguirá, y le da una orden para que Velázquez la tome como modelo. Mientras el Rey sube con María hasta la habitación que le está destinada en el mesón, la Reina sale de su escondite; pero no tiene la precaución de taparse, y Villamediana entra á punto de verla.

Villamediana. ¿No es ilusión?
¿Vuestra Majestad de noche
en una venta?

Reina. Sí, yo.
Villam. La Reina.
Reina

No: la engañada
mujer que tuvo valor
de comprobar por sí misma
del que amaba la traición.
¿Vinistéis?...

Villam. En vos confío:
Reina. quede siempre entre los dos
este secreto.

Villam. Señora...
Reina. Compadeced mi dolor
y olvidad que me habéis visto
aquí esta noche.

Villam. Eso no:
ofrecer no puedo oído:

solo ofrezco discreción:
que, aunque cien veces lo jure,
no os olvida quien os vió.

Reina. Conde, soy muy desgraciada.
Villam. ¿Qué decís?
Reina. Que sin amor
nadie es dichoso. No tengo
el mayor bien que hizo Dios.
Villam. Amor no os falta, señora:
¿quién más grande lo inspiró?
Lo que hay es que entre la nieve
buscáis fuego abrasador
y no queréis ver la hoguera
que arde muy cerca de vos.

Reina. ¿Eh? ¿Qué?
Villam. ¿Decís que no os aman
estando presente yo?

La Reina reprime severamente ese ímpetu del conde que la adora, y el Rey los sorprende aunque sin ver á su mujer, que pudo taparse á tiempo. Quiere que se descubra; Villamediana se amosca, y por fortuna suya entran todos y el duque de Osuna propone una solución: que la tapada designe entre ellos uno que la vea para que certifique de su rango. La Reina acepta, y designa á Calderón que la conoce y á quien pide que la saque de allí.

Osuna. ¿Es dama de condición?
Quevedo. ¿Quién es?
Calderón. (Con entereza) Responder no puedo.
Sólo á mí se descubrió
y conmigo de la venta
saldrá. Soy su protector
¿Sin que ninguno la admire?
Calderón. Por todos la admiré yo.
Rey. ¿Y si yo saber quisiera?
Calderón. No os bastará la intención.
Rey. ¿Ni á mí?
Calderón. Ni á vos.
Rey. ¿Por qué causa?
Calderón. Porque va en ello mi honor.
Mi alcalde de Zalamea
recordad, que es la ocasión.
¿Sois Pedro Crespo?
Rey. Repito
Calderón. lo que el buen Crespo afirmó:
«Al Rey la hacienda y la vida
se ha de dar; pero el honor
es patrimonio del alma,
y el alma sólo es de Dios.»

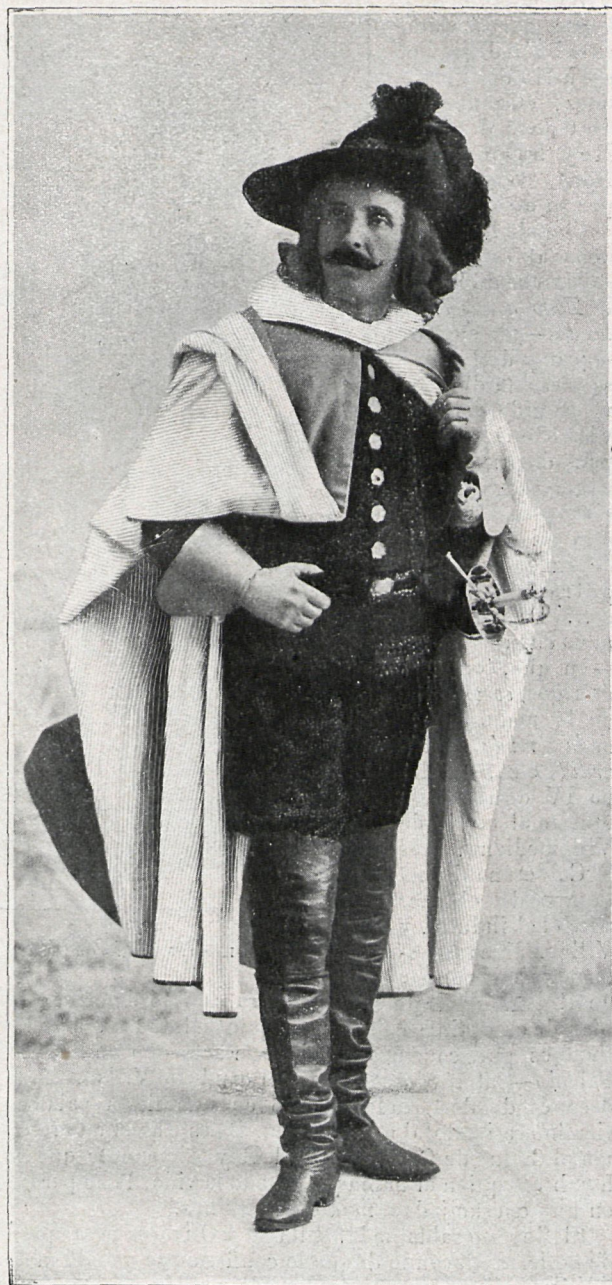
Y sale dando la mano á la Reina, y cae el telón, y el público aplaude con caluroso entusiasmo.

Pronto, sin embargo, vino el desengaño cruel. El segundo acto, que pasa en el estudio de Velázquez, apenas entretuvo á la gente, y el tercero no gustó nada. La mezcla de los dos episodios históricos que el Sr. Cavestany ha tomado, sin definir ninguno de los dos, por aquello de que poco aprieta quien mucho abarca, mata por completo el interés de la obra. Atendiendo á los fueros de la literatura, es imperdonable que el Sr. Cavestany no haya tenido mayor preparación para revivir en la escena las figuras de Calderón y de Quevedo. Quiere Calderón retratar en verso á la Calderona, en competencia con Velázquez, que lo hace con el pincel, y dice:

Sembrad rosas entre nieve, ¡Ya van saliendo los ojos!
á ver si sale el semblante. Ved un cisne que allí va
Encima, de aromas llena, y sobre el agua resbala.
yo una azucena pintara, Pintadle más blanca el ala...
que la frente se enojara Ala ó cuello, ¿qué más dá?
si se olvida la azucena. Una palmera ligera
No sabrán nuestros pinceles poned donde el talle coge,
la fresca boca copiar, y eso... que acaso se enoje
si no saben engarzar el talle, no la palmera.
las perlas en los claveles. La ancha falda al terminar
Esos rayos son muy rojos. los piés, por el raso presos,
Más tranquilos deben ser. como rapaces traviesos
Cabal. Un atardecer... que se ocultan por jugar.

Y si á repetir infiel no lo mojéis en colores,
se niega tantos primores, ¡mojad en luz el pincel.

Esto, como dicho por el señor Cavestany, no estaría mal. Puesto en labios de Calderón que tan admirables retratos hizo con el verso, es un sacrilegio... Pero sigamos exponiendo la obra. Toda la labor del conde-duque, según el autor de esta comedia, reducíase á librar al Rey del influjo de su esposa, enériga de Olivares, y para ello



El Duque de Osuna, (SR. LLORENTE)

emplea tanto las gracias de la Calderona, como las imprudencias de Villamediana. ¡Lástima que el espectador del drama no pueda enterarse por lo que en éste se dice de si hay tales amores del Rey, ni tales galanteos á la Reina! Porque Felipe IV y la Calderona se dicen ternezas por tabla, y Olivares desliza calumniosas especies; pero todo ello queda entre sombras.

En el estudio de Velázquez, como decíamos, donde está la Calderona en *pose*, entra el Rey y luego viene la

Reina, que sorprende la tertulia de grandes y artistas alrededor de Felipe IV y de la comedianta. Máchase la Reina airada; el Rey la acompaña, y luego se retiran todos, apareciendo en la escena la Coronel y Juan Rana, que huyen al enterarse de que vuelve la Reina para tener una entrevista con Villamediana, que á esto, por lo visto, estaba reducido el estudio de Velázquez, entrando en él todos, desde el Rey hasta Juan Rana, como Pedro por su casa.

Quando Isabel ordena al conde que se marche diciéndole *Todo acabó entre los dos—¿qué había?—¡cataplúm!* el Rey se presenta de nuevo seguido del inevitable Olivares, pues el primer ministro de aquellos tiempos no tenía otra misión que la de andar siempre detrás del monarca... Después de unos cuantos versos —en que, como era de rigor, *corona* trae de la mano *abona*, *duda á muda*, *salid á ardid*, etc. — Felipe IV condena á muerte al conde de Villamediana; mas la Calderona llega á tiempo de obtener para él el indulto, y Villamediana es desterrado de la corte y

de España, cayendo el telón. Pero estas órdenes no debían de cumplirse con mucha puntualidad en aquellos tiempos, pues comenzamos el tercer acto—en un salón de Palacio—enterándonos de que el conde de Villamediana, después de desterrado, estuvo en una fiesta palatina, siendo asesinado al salir de ella. De este asesinato reclama el duque de Osuna ante el Rey diciéndole que un hombre á quien él había perdonado la vida, la ha perdido en una encrucijada á manos de asesinos.

El Rey no sabía nada, y llama á Olivares para que le dé noticias. El conde-duque le confiesa que mandó matar á Villamediana, porque después del perdón del Rey había escrito á la Reina dándole una cita, y el ministro entrega la carta en que ello se contiene.

Manda Felipe IV que se presente la Reina, y allí, delante de todos, la residencia. Ella y el duque de Osuna declaran que la carta no es de Villamediana, sino una infamia forjada por el valido, y á punto está aquello de

degenerar en singular combate á que Osuna reta á quien quiera fiar al juicio de Dios la honra de la Reina, cuando entra un ujier diciendo que una mujer tapada desea ver al Rey—asi las gastaba la etiqueta de aquel tiempo,—y sin más ni menos entra la tapada y se descubre, y es la Calderona, que salva á la Reina entregando á Felipe IV un mensaje de Villamediana en que éste, con su propia sangre y la pluma de su sombrero, manifiesta

«al morir como creyente,—por Dios y por mi alma juro— que la Reina es inocente.»

El Rey se convence, declara cesante al conde-duque y la Reina da las gracias á la comedianta... y colorín, colorado, la comedia se ha acabado. (Estos consonantes no son del Sr. Cavestany.)

¿No sería ensañamiento todo lo que

en la crítica de tal comedia añadiésemos?

La interpretación no fué tan buena como con mejor obra había derecho á exigir en el teatro de la Princesa, excepción hecha de la eminente actriz María Tubau, cuyo arte realza siempre aun los peores papeles. A la señorita Moreno ni se la permitió siquiera lucir la belleza de su rostro. Entre los actores no se puede decir cuál estuvo mejor ni cuál estuvo peor; mas no sería justo exigirles responsabilidades que para sí reclamará, sin duda, el poeta. Lo único bueno de la velada fué la propiedad escénica. Si necesitara Ceferino Palencia revalidar sus títulos de excelente director de escena, en la *mise en scène* de *La reina y la comedianta* hubieran sido revalidados.

Fotografías de Cisuentes y Campuá.



ACTO I.—La Calderona (SRTA. MORENO), y El Rey (SR. ECHAIDE)

